

## LECCION XIX.

### ADOPCION DE LA CONSTITUCION.

SEÑORES:

Hemos visto cómo organizó la convencion federal los poderes legislativo, ejecutivo y judicial: esto es, la Constitucion entera; pues una constitucion bien hecha no debe contener mas. Sin embargo, mas tarde se agregó una declaracion de derechos, en la cual consignaron los americanos sus libertades hereditarias.

Esta sencillez nos asombra; en Francia entendemos la cosa de muy distinto modo. Como nosotros escogemos para darnos constituciones el momento siguiente á la revolucion, estas llevan siempre al poder á un partido que estaba en minoría ántes, teme estarlo despues de la revolucion, y que procura deponer sin pérdida de tiempo, en ella, como en una arca santa, multitud de leyes que no son constitucionales ni afectan á la division de los poderes. Así fué como en 1848 se escribió en la Constitucion que los ciudadanos debian amar la patria, participar de las cargas del Estado en proporcion á su fortuna, asegurarse por medio del trabajo medios de subsistencia y mil otros consejos excelentes que nada tienen que ver con la division de los poderes públicos.—Bajo otro punto de vista se agregó que no se podría votar ley alguna sino previas tres lecturas, medida nueva y de éxito dudoso. La Carta de 1814 disponia que no se podría ser elector, á ménos de pagar trescientos francos de contribucion.

Es un inconveniente enorme el de insertar en las constituciones disposiciones legislativas susceptibles de modificación: es caer de nuevo en el añejo error de la inmutabilidad de las leyes. Desde el momento en que un pueblo se da una constitución, sigue viviendo; nuevas condiciones de existencia van produciéndose poco á poco, y entónces es menester cambiar las leyes. Si estas llegan á incorporarse en las constituciones, se levanta un obstáculo que azotan las olas populares, crece la marea y arrastra en su furia el obstáculo que se le opone. No es posible tocar á esas leyes sin derribar la Constitución, ó sin violarla; así se incurre en otro error viejo también, en el de la omnipotencia parlamentaria. Al contrario, una Constitución reducida á establecer y limitar los tres poderes, que deja el campo libre á las mejoras, ofrece una garantía mas eficaz á la soberanía popular. Así la comprendieron los americanos, y el porvenir les ha dado la razón. Para reformar la Constitución americana, sería preciso cambiar el carácter de los tres poderes, dar al ejecutivo una fuerza nueva, suprimir el Senado, debilitar el poder judicial; cosas poco factibles; así es que la Constitución ha llegado á la edad de setenta y cinco años y á nadie se le ha ocurrido modificarla. En medio de la terrible revolución que ensangrienta hoy á la América, hemos visto á los hombres del Sur conservar la Constitución, y limitarse á hacerle algunos cambios que no son de considerable importancia. Tan bien han comprendido los americanos lo que es una Constitución, que esta ha durado mientras entre nosotros, una de las mil causas que han producido la caída de tantas como nos hemos dado, es el haber querido llenarlas de todo y ligar perpetuamente la voluntad y la vida de la nación.

Difícil fué, sin embargo, hacer aceptar la Constitución federal. Por la primera vez se ensayaba una unión en la historia del mundo; es decir, se trataba de establecer una forma de gobierno que no fuera ni central y unitario como el nuestro, ni un gobierno impotente y sin consistencia como lo son las confederaciones. Era una creación nueva, el árduo problema de crear una nación, cosa que no consigue fácilmente la naturaleza humana, el primero, el único ejemplo que hubiera ofrecido la historia.

En esta convención, que duró tres meses y medio, trascurrieron los primeros meses sin que pudieran entenderse los miembros que la for-

maban; parecía imposible encontrar un medio de conciliación entre los que querían mantener la independencia de los Estados, y los que se inclinaban á un gobierno central, ó como lo decían los americanos, *un gobierno consolidado*. Dominaba los ánimos no se qué especie de desaliento; entónces un hombre que no descollaba por cierto por su religiosidad, si bien era muy conocido por su habilidad, por su astucia, por su mundo, Franklin en fin, se sintió profundamente afectado por las divisiones que amenazaban á la América. En un momento de inquietud, el viejo patriota rogó al Congreso que en adelante no se abriesen las sesiones, sin dirigir una plegaria á Dios para que acordase el espíritu de concordia y de unión á los americanos. Ved aquí el discurso que dirigió á los miembros de la convención, y que nos manifiesta una faz desconocida del alma de Franklin.

«Al principio de nuestra lucha con la Gran Bretaña, en medio del peligro, se rogaba diariamente en este recinto, invocando la protección divina.—Nuestros ruegos han sido escuchados. Todos los que tomamos parte en la refriega podemos testificar que la Providencia velaba por nuestra causa. A ella, á su bondad, debemos la dicha de poder deliberar tranquilamente sobre los medios de afianzar nuestra felicidad futura. ¿Habrémos acaso olvidado á ese amigo tan poderoso? He vivido largos años, y cuanto mas adelanta mi existencia, mas evidentes son para mí las pruebas de esta verdad: *Dios gobierna las cosas humanas*. Si una avecilla no puede caer del cielo sin su permiso, ¿es probable que sin él se levanten los imperios? Las Santas Escrituras nos aseguran que siempre edificarémos en vano, si no interviene la mano del Señor; nosotros no edificarémos mejor que los que alzaban la torre de Babel: nuestros mezquinos intereses de partido y de campanario nos dividirán; serémos confundidos, serémos la vergüenza y la burla del porvenir. Y lo que es peor, despues de este triste ejemplo, la humanidad, desesperando de la posibilidad de crear un gobierno por medio de la sabiduría humana, abandonará al acaso esta obra y la entregará á la conquista ó á la guerra.»

No fué aceptada la moción de Franklin, y no porque no la hallaran muy racional, ni porque faltara mayoría en apoyo de la moción, puesto que hoy mismo el Congreso abre sus sesiones con las oraciones que pronuncian los sacerdotes de las diversas comuniones; sino

por no alarmar la opinion. Bien sabian fuera del Congreso (como sucede siempre á pesar del secreto de ciertas sesiones) que la convencion estaba agitadísima: esto fué por lo que no se aprobó la mocion de Franklin.

Los ánimos de los convencionales se fueron aplacando poco á poco y acabaron por entenderse. El gran mérito de la Constitucion americana consiste en haber sido el fruto de sacrificios mutuos. Si, por una parte, nadie puede envanecerse de haber sido su autor, todos tienen derecho á decir: la adopcion de la cláusula tal me pertenece; yo cedí en tal punto: fué una obra comun de las mas elevadas inteligencias, de los mejores patriotas de la América.

Terminada que fué la Constitucion, nadie se encontró satisfecho con ella; cosa que léjos de probar que nada valia, muestra todo lo contrario.—Las Constituciones no son obras que salen acabadas del cerebro humano; no producen la satisfaccion que siente el autor de un poema: son una transaccion entre diversidad de intereses y de ideas, y toda transaccion presupone sacrificios.

Edmond Randolph, autor del proyecto original, declaró que estaba bien léjos de hallarse satisfecho; que era menester someter la Constitucion al pueblo, que este la enmendaria y que en seguida se revisarian sus enmiendas. Charles Pickney demostró sin dificultad que adoptar tal proposicion equivalia á volver á caer en una confusion completa.—La asonada de Massachusetts acababa de terminar; todos sentian la necesidad de poner término á la situacion angustiosa en que se encontraba el país; buena ó mala, el áncora de salvacion era la Constitucion.—Franklin pronunció el discurso que ya os leí en una leccion anterior; insistiendo en esta profunda verdad: «siempre, decia, que se reunen los hombres, llevan consigo sus intereses, sus pasiones, sus preocupaciones: exigir de una asamblea cualquiera una obra perfecta, es pensar en una quimera; es preciso, concluia, que nos contentemos con la Constitucion. Si no es perfecta, por lo ménos será la mejor posible, dadas nuestras circunstancias.»

El gobernador Morris apoyó á Franklin: Hamilton, en un discurso que desgraciadamente nos llega incompleto, declaró á su turno que la Constitucion no le satisfacía; que habia soñado algo semejante á la inglesa; pero que el fuego se escondia entre la ceniza, el fuego de la agi-

tacion y de la revolucion; que era menester aceptar el nuevo pacto, si se queria escapar á la anarquía.—En fin, Washington tomó la palabra: como presidente de la convencion, tenia una idea tan elevada de la imparcialidad que demandaba su puesto, que no habia querido entrar en la discusion; pero en los últimos momentos pidió la palabra para decir que se habia hecho una mocion para modificar un tanto la ley electoral, dando un diputado por cada fraccion de treinta mil electores en vez de una de cuarenta, y que si el Congreso adoptaba la enmienda, esto le procuraria una gran satisfaccion.—Ved, señores, con cuánta discrecion intervenia en el debate un personaje de tanto prestigio; ¡tal temor abrigaba de que este prestigio prevaleciese sobre la verdad, ó sobre los intereses del país!—Su opinion emitida con tanta modestia fué adoptada por unanimidad, y ya pudo darse por terminada la Constitucion.

Todos los miembros de la convencion, con excepcion de tres, la firmaron; esos tres fueron Randolph, que habia ido muy léjos pidiendo se la sometiese á la decision popular: Mason, de la Virginia y Ellbridge Gerry, de Massachusetts; este último debia llegar mas tarde á la vicepresidencia bajo el imperio de esa misma Constitucion que á su juicio llevaba á la América á una aristocracia.

No habia terminado todo.—Nosotros los franceses tenemos una costumbre, cuyo peligro os señalé ántes: nombramos una asamblea constituyente, le delegamos todos los poderes sin limitacion, sin fiscalizacion del mandato conferido, con demasiada ligereza, en un arranque momentáneo. En América esto habria sido calificado de usurpacion de la soberanía. Si bien encomendaron á una convencion preparase una Constitucion, pero no por eso pensaron en imponerla.—Tampoco se creyó que el país votase la obra sin examinarla.—Semejante voto era ilusorio, puesto que toda vez que coloquemos á un pueblo entre lo desconocido y un gobierno establecido cualquiera que este sea, responderá por una inmensa mayoría, que acepta el último. En Francia no hay ejemplo de no haberse aclamado una Constitucion, sea la que fuese; así fué como se adoptó la Constitucion imposible de 1793, cuya ejecucion aplazó la misma convencion hasta despues de la guerra. Los americanos respetan al pueblo de muy diverso modo.

Se decidió que la Constitucion seria sometida al pueblo de manera

que pudiese discutirla y observar cuanto tuviera por conveniente.—Dirigirse al pueblo en masa era irrealizable; era imposible pedir á dos millones de americanos diesen su opinion; pero se remitió la discusion al voto de cada una de las legislaturas, á la representacion de cada uno de los Estados, suplicándoles nombrasen una convencion especial al efecto: eran, pues, trece convenciones de los Estados las que debian enmendar la Constitucion y hacer las objeciones que creyesen oportunas. Claro es que una vez sometida á semejante prueba la Constitucion venia á ser obra de la América entera. Con el objeto de facilitar el voto, para decidir á los americanos á aceptar la Constitucion, la convencion la acompañó con una circular firmada por Washington.—Este documento es importante; permitidme leerlo, como un testimonio de la probidad de los que querian crear un gobierno nuevo. La carta era dirigida al presidente del Congreso.

« Señor: Tenemos la honra de someter al exámen de los Estados-  
« Unidos reunidos en Congreso la Constitucion que creemos digna de  
« recomendar. Aleccionados por la experiencia, los amigos de nuestro  
« país han deseado desde mucho tiempo atras, que se confiase plena y  
« exclusivamente al gobierno general de la Union el derecho de hacer  
« la guerra, la paz y los tratados, la imposicion de contribuciones, la  
« reglamentacion del comercio, el poder ejecutivo y el judicial, que á  
« dichos objetos son necesarios.—Pero el peligro de confiar á una asam-  
« blea única depósito tan valioso, es de palpable evidencia; de aquí  
« resulta la necesidad de una organizacion nueva y distinta.

« En un gobierno federal, como lo es el nuestro, es evidentemente  
« imposible asegurar á cada uno de los Estados todos los derechos in-  
« herentes á una soberanía absoluta, como tambien consultar los inte-  
« reses y la seguridad de todos los Estados.—Al constituirse en socie-  
« dad, cada individuo debe ceder una parte de su libertad, para salvar  
« el resto. La magnitud del sacrificio depende de la situacion y de las  
« circunstancias, no ménos que del objeto que se desea alcanzar. Es  
« siempre difícil trazar una línea exacta entre los derechos que es ne-  
« cesario abandonar, y los que conviene reservar: en las circunstancias  
« actuales, esta dificultad aumenta por la diversidad de situacion, de  
« extension, de hábitos é intereses particulares de cada uno de los Es-  
« tados.

« En todas las discusiones que hemos tenido sobre la materia, no  
« se ha apartado de nuestra vista aquello que hemos creído constituia  
« el mas grande interes de los verdaderos americanos, *la consolidacion*  
« *de la Union*, que contiene nuestra fortuna, nuestro bienestar, nues-  
« tra seguridad, y tal vez nuestra existencia nacional. Esta importante  
« consideracion sería y profundamente impresa en nuestra mente, ha  
« inducido á todos y á cada uno de nosotros los convencionales á ate-  
« nuar las exigencias respectivas sobre puntos secundarios, cosa que  
« en otra ocasion no habria sido fácil obtener. La Constitucion que os  
« presentamos es, pues, el resultado de un espíritu amistoso, deferente,  
« fruto de concesiones mutuas exigidas imperiosamente por las circuns-  
« tancias.

« Difícil es esperar que la Constitucion obtenga una aprobacion  
« completa de parte de cada uno de los Estados; pero cada cual con-  
« siderará sin duda que si su interes solo hubiese sido consultado, las  
« consecuencias habrian podido ser quizá particularmente desagrada-  
« bles y perjudiciales para los otros.

« Nuestra esperanza y nuestra creencia se limitan á que la Consti-  
« tucion se preste á las menores objeciones posibles; que pueda procu-  
« rar un bienestar duradero á nuestra querida patria; que asegure su  
« libertad y su ventura; he aquí nuestro deseo mas ardiente.»

Tal era el noble lenguaje que se dirigia al pueblo americano.

Cuando el Congreso recibió esta comunicacion, escribió inmediata-  
mente á las legislaturas pidiéndoles nombrasen convenciones para exa-  
minar la Constitucion. Como sucede siempre á presencia de innova-  
ciones tan importantes, el país se encontraba dividido. Los negociantes,  
los industriales, los armadores, los propietarios, todos deseaban ver  
cesar una situacion anormal. El país se hallaba en plena bancarota;  
no habia mas medio circulante que un papel que nadie queria; el co-  
mercio estaba arruinado.

Como no habia sido posible celebrar un tratado con la Inglaterra,  
resultaba que esta hacia todo el comercio de transporte en sus buques,  
comprometiendo así la marina americana. El partido que deseaba la  
paz, el orden la seguridad, pedia la aceptacion inmediata de la Con-  
stitucion; pero tenia contra sí á casi todos los políticos, no á los hom-  
bres superiores y despreocupados, sino á los de oficio. La fundacion

de un gran Estado iba á poner en su lugar á muchos intrusos. La preocupacion principal de los ánimos seria el Congreso, y no la legislatura de Virginia ó del Connecticut. Además engrosaba la oposicion la turba de agitadores que vivia en medio del desórden como los peces en el agua, y que no se cuidaba de ver restablecido el órden que solo enriquece á los hombres honrados. Estos partidos, que tan gran papel han desempeñado entre nosotros durante el Directorio, lo hacian tambien en América. ¿Hay cosa mas agradable que hacer fortuna á la lotería de las especulaciones? No digo que la moral lo aprueba, no; pero la gente de ese oficio tiene muy poco que perder en materia de reputacion. Por otra parte, los pretendidos patriotas gritaban al pueblo «nos van á dar un gobierno á la inglesa, serémos esclavos de una nueva aristocracia.» Todos los pueblos tienen su vulgo numeroso, que como un rebaño va hácia el lado donde se grita mas alto ¡libertad, libertad! dejándose llevar al despotismo por la anarquía. Justo es reconocer que en América ese vulgo era menor que en otras partes. Era, pues, menester dominar la opinion y hacer comprender al país la necesidad de un gobierno centralizado. Tarea difícil: no se trataba solo de gritar ¡libertad! era preciso hablar de órden, y cuando se menciona esta palabra se cree en todas partes que los amigos del órden son enemigos de la libertad, siendo así que, al contrario, se sacrifican por ella.

Tal fué la tarea patriótica de Hamilton, de Jay y de Madison. Jay, herido en una revuelta, se vió obligado á detenerse al principio del camino. Todo el peso del trabajo recayó en sus colaboradores. En una serie de cartas, en las que la inteligencia de la política es muy superior á lo que se habria encontrado en otros pueblos, Hamilton y Madison discutieron todas las cuestiones de actualidad, demostrando que el interes evidente del país estaba cifrado en la adopcion de la Constitucion. Estas cartas son las que reunidas mas tarde en un libro formaron el *Federalista*. Contienen una inteligencia tan completa de las condiciones que constituyen un gobierno, que el libro continúa sirviendo de elocuente y fiel comentario de la Constitucion. No temo asegurar que es una de las obras políticas mas sobresalientes del siglo pasado. Ha sido traducida al frances en 1792, en momentos en que todos volvian la espalda á la libertad; por eso no ha entrado en nues-

tra literatura política, lo que es de sentirse en verdad. Cuanto esa obra contiene es bueno, las ideas y el ejemplo.

Hamilton se consagró á la defensa de una Constitucion que no le satisfacía; cosa asombrosa en verdad. Dos móviles pudieron guiarlo en ese trabajo, la ambicion personal, y un patriotismo que oponia toda consideracion al interes de su patria. Lo primero no existia, y en verdad no se concibe que la ambicion de elevarse haya ejercido una gran influencia en América en aquellos momentos. Existian partidos, pero pocos ambiciosos, porque los resultados que estos podian esperar eran mas que dudosos. Hamilton no tenia mas móvil que el patriotismo. Comprendia demasiado que la América realizaba una prueba suprema, y queria que esta se tentase hasta los extremos. Dió un raro ejemplo á la historia; sacrificó su fortuna á la patria; algunos, aunque pocos, lo han hecho, es verdad; han vertido su sangre por la patria muchos otros; pero sacrificar sus ideas, decirse «me engaño quizá, ensayemos las ideas que no aceptamos,» envuelve una abnegacion de amor propio, que segun mi modo de ver, es uno de los sacrificios mas raros que pueden encontrarse. La idea que guió á Hamilton nos es conocida; podemos leer en su corazón, merced á un testimonio que no es sospechoso, el de su adversario Jefferson, el representante de esa democracia que cree siempre aumentar la libertad ensanchando el poder del pueblo. Jefferson nos ha conservado en sus memorias una conversacion con Hamilton, de la cual deduce que este no amaba la libertad. Yo deduzco lo contrario; á mi ver, es una de las mas bellas confesiones de un estadista.

«Mi opinion es, decia, aunque me guardaré de proclamarla en Dan «y en Bariheba, que el gobierno actual no corresponde al fin de la «sociedad, dando estabilidad y proteccion á sus derechos: probable- «mente será menester volver á aceptar la forma inglesa. Pero supuesto «que hemos comenzado la experiencia, creo que debemos continuarla «hasta el fin, cualquiera que sea mi esperanza. El resultado hasta el «presente es mucho mayor de lo que yo me prometia; por consiguiente, «hay mas probabilidades de éxito. Si la obra empezada no da resultado, «tenemos todavía otras combinaciones, otras mejoras que podemos y «debemos tentar ántes de abandonar la forma republicana; porque so- «lo un espíritu depravado deja de preferir á todo, la igualdad de de-